

“OKUPA”

-Centímillo-

-¿Ernesto, quieres a Estrella por esposa?

La pregunta del sacerdote resuena en la iglesia. Ernesto gira levemente la cabeza hacia su derecha, hasta toparse con los ojos de Estrella, enfundados como están de ternura. Un velo aguanoso ha amortajado de manera súbita la mirada del novio. Tras unos segundos, Ernesto se vuelve, para escudriñar a los invitados a la boda, la expectación apersogada a los rostros de todos ellos.

Un silencio cortante aletea por la nave sacramental, como una sigilosa golondrina que se hubiera colado por el agujero de la vidriera. Tras unos segundos de afonía, el aliento de un susurro, cual sentida oración musitada, hace tremolar la llama de los cirios y velas que iluminan a los santos, tallando en sus rostros mohines de aspereza.

Ernesto besa el dorso de la mano de Estrella, dejándola escurrir de entre de entre sus dedos, como si estuviese dejando sobre ella el rastro de una sutil caricia.

-Esto se veía venir. – Habla quedo un amigo de la pareja a su acompañante.

-Hijo, ¿no vas a responder a la pregunta que te he hecho en nombre de Dios? – Interroga el cura a Ernesto, la voz incisiva y el rostro empalidecido.

Sin decir palabra, el novio se aparta de Estrella. Decidido, se dirige hacia el atril. Da unos toquecitos sobre el micro, para comprobar si está abierto. Después de un suspiro, comienza a hablar a los presentes en la ceremonia:

<< No penséis que os voy a echar un sermón; nada más lejos de mi propósito. Considerar estas palabras como una sincera confesión, o como una declaración de amor, porque ahora estoy igual de excitado que el día que me declaré a Estrella. Así que, si se me traba la lengua, me perdonáis, que este es el lugar más idóneo para perdonar.

Desde que me presentaron a Estrella siempre soñé con que llegase este momento. Los nervios, y más aún los temores, me hicieron dudar sobre mis posibilidades con ella. Cómo iba a fijarse en mí una mujer tan inteligente y guapa como ella es... Fue el primer pensamiento que rondó por mi cabeza. Pero ella, con su infinita paciencia, me enseñó que con la verdad por delante todo es posible, incluso tocar con la mano hasta lo que nos parece inalcanzable. Y aquí estamos, cumpliendo un sueño compartido que muchos consideraban, y aún consideran, como una auténtica locura.

No fueron fáciles los comienzos del noviazgo. Porque cierta “cosa” no fue verbalizada durante las primeras citas, no sé si más por temor o por cautela, y, claro, los secretillos no son más que piedras en el camino que está por andar. Aunque no trato de justificar nada, supongo que a todos le pasa lo mismo, que al principio de una relación tratamos de mostrar nuestra mejor cara, la más alegre. Porque se trata de conquistar con nuestras virtudes, y no de asustar con nuestras angustias. No fue difícil disimular; en nuestro caso, la razón que podía separarnos no era visible. No tenía cara. Pero tenía alma; un alma, como todas las almas: invisible, aunque, y eso era lo temible, era y sigue siendo poderosa y dañina, tan dominante que se dejaba ver a su antojo y de una manera áspera. Sin embargo, no era invencible. Por ello había que poner el foco sobre ella, no mostrarnos ciegos ante lo que tarde o

temprano aparecería de manera esporádica, tal vez, para interponerse entre nosotros dos de forma definitiva.

Fuiste y eres, amor mío, la persona más valiente que pude encontrar para componer esta atípica pareja que formamos. Sí, atípica, rara, extraña... ¡¡especial!! Porque nuestra pareja está formada por tres. Muchos sabéis que en ella vive una okupa permanente, que no conseguiremos desalojar de nuestras vidas de ninguna manera; si acaso, y eso ya es un triunfo, podemos aspirar a echarla a un lado, a levantar a su alrededor una muralla tras la cual nosotros podemos aislarnos de ella, habitar en una zona, si no de seguridad, al menos sí que de relativo confort.

Esto no es en modo alguno un reproche, pero muchos de vosotros debéis reconocer que no confiasteis en que nuestro noviazgo llegase a buen puerto. Pero aquí estamos. Porque nuestro mayor esfuerzo consiste aprender a convivir con la okupa, aunque tratando de ignorarla, procurando no prestarle demasiada atención para que no moleste más de lo estrictamente necesario o admisible. Gracias por dejarme compartir a tu lado el arduo trabajo que nos ha conducido hasta aquí, y que habrá de llevarnos a destinos maravillosos si ambos seguimos cogidos de la mano.

Y déjame que cuente, y con esto termino, el día en que desabotonaste la camisa y dejaste mi pecho al descubierto. No me mire así, padre, que no voy a contar nada pecaminoso. Sucedió el día en el que la okupa se iba a hacer visible de nuevo tras un periodo de tregua. Me dijiste entonces que abriese el pecho a nuevas sensaciones y emociones, a nuevos sentimientos que iban a poner patas arriba nuestras vidas. Que los corazones son el motor imparable para el amor, y que el amor todo lo puede, me lo enseñaste tú entonces. Solo me queda agradecerte

públicamente tu grandeza humana al elegir libremente convivir con la depresión, con esa maldita okupa con la que yo he sido condenado a vivir de por vida.

Me ha preguntado el sacerdote que si quiero casarme contigo. ¿Que si quiero casarme contigo? Sí que quiero, todos los días de mi vida, amor mío.

En ese instante, el novio tuvo una plena sensación, del todo reconfortante: que la okupa, la depresión, de momento, lo había dejado plantado en el altar. Sonrió a su flamante esposa...